

bra, en su amor que me alegra, en la serenidad de un hermoso día, en el perfume de las flores que embalsaman los aires... ¡Oh Dios mío! Entono en seguida el himno de acción de gracias, y paréceme que todas las criaturas me responden, que las oigo á todas mezclando sus voces con la mía, y arrebatadas de júbilo formar un concierto unánime en gloria del Criador.»

119. 6.º **Por comparaciones y semejanzas.** San Basilio compara nuestra vida al curso del río, valiéndose de esta amplificación: «Nuestra vida, como sabeis, es á manera de un río que corre de continuo sin cesar, repleto de olas, que alternativamente se suceden. Pues una parte ya pasó, otra parte aún está pasando, una parte ya salió de sus manantiales, y otra parte está para salir, y todos nos apresuramos á ir al mar común de la muerte.»

120. 7.º **Por interrogación.** Es hermosa esta de San Agustín amplificando su caridad para con su auditorio: «*Quid autem volo? Quid desidero? Quid cupio? Quare loquor? Quare hic sedeo? Quare vivo?* Mas ¿qué quiero? ¿Qué deseo? ¿Qué estoy ansiando? ¿Por qué hablo? ¿Por qué he tomado aquí asiento? ¿Por qué vivo? No con otra intención, sino para que con Cristo juntamente vivamos. Mis ansias son éstas, éste es mi honor, ésta es mi gloria, éste es mi gozo, ésta es mi posesión.»

121. Estos ejemplos nos han demostrado que la amplificación no consiste en aumentar palabras, sino en desarrollar debidamente los pensamientos, á la manera del mercader que va desdoblado una rica tela, y extendiéndola va manifestando la belleza de su campo, la variedad y hermosura de las flores y la viveza de sus colores.

122. También enseña muy largamente el P. Granada en su *Retórica* la amplificación por los antecedentes, concomitantes y consiguientes; por las causas y las circunstancias de personas y cosas. Aquí debemos observar que los pormenores de las costumbres, que manifiestan á los fieles las obligaciones que tienen relación con el asunto, y las faltas por las cuales se quebrantan, y el modo de corregirse y enmendarse, son fuentes de ricas explicaciones; pero teniendo siempre presente esta importante regla que da un escri-

tor: «*Que es peligroso pintar el vicio delicadamente.* La demasiada delicadeza le hace agradable, y entonces la moral es tentación.»

123. Usando, pues, debidamente de las reglas de amplificación, nuestros discursos rebotarán de natural abundancia y tendrán suma energía. Concluiremos con esta expresión de un moderno autor: «Sepárense del púlpito esas amplificaciones propias del charlatanismo y la ignorancia, y que por lo común no son más que la repetición de *unas mismas ideas en términos diferentes.*»

LECCIÓN VIII.

Precauciones oratorias.

124. La caridad cristiana es muy ingeniosa para introducirse de mil maneras en el corazón del hombre, para hacerle tomar los remedios necesarios á su salvación, como la tierna madre que se vale de mil industrias para que su hijo no rehuse la medicina que ha de devolverle la salud perdida, y para que gustoso acepte la leche que ha de conservar su preciosa existencia. Esto hacen las precauciones oratorias; son ciertos miramientos, cierta delicadeza y urbanidad que usa el orador para que el auditorio reciba bien la divina palabra, sobre todo cuando ha de dar alguna corrección, aviso ó fuerte reprensión que es necesaria para corregir algún desorden, extirpar algunos vicios ó mejorar las costumbres del pueblo; pues debemos estar bien persuadidos que una palabra, una sola frase inoportuna, una mal disfrazada ironía, bastan para echar á perder el mejor discurso.

125. La prudencia, el buen sentido, la caridad apostólica aconsejan y dirigen perfectamente estas precauciones

oratorias, usadas por el mismo Jesucristo y sus Apóstoles: *Habeo multa dicere vobis, sed non potestis portare modo*, decía el Divino Maestro. (*Joan. xvi*). Las Epístolas de San Pablo están llenas de excelentes precauciones oratorias; al echar en cara á los de Corinto su vanagloria, y disponiéndose para fulminar aquella terrible excomunión contra el incestuoso, en la cual va á reprender el descuido de los mayores que tal escándalo permitían, usa de estas admirables precauciones: *Non ut confundam vos hæc scribo, sed ut filios meos charissimos moneo...* (*I Cor. iv*). *Filioli, quos iterum parturio, donec formetur Christus in vobis...* dice otra vez reprendiendo á los Gálatas, siguiendo otras tiernas precauciones. (*Gal. iv, 19*). Estas precauciones fueron muy comunes á los Santos Padres, y las usaron con frecuencia los grandes oradores cristianos. El P. Séñeri nos ofrece también un bello ejemplo: después de haber hablado con energía contra los viciosos, hace su aplicación al auditorio: «No quiero ofenderos, hermanos míos; más gustoso sería para mí el alabaros que el reprenderos. Sé que entre vosotros hay muchos que se aplican á desarraigar los vicios con celo...»

126. De donde se ve que las precauciones oratorias no consisten en aquella culpable condescendencia que el miedo, los respetos humanos, y mundanos intereses podrían inspirar al orador, para debilitar, afeminar ó disminuir el vigor de la palabra apostólica. Inspirémonos en tan buenos modelos; y sobre todo en las Epístolas de aquel gran predicador, San Pablo, encontraremos un abundante tesoro de estas prudentes y caritativas precauciones, para que la palabra de Dios sea oída con fruto. Y para ello hay que atender á las siguientes reglas:

127. Regla 1.^a La enseña Hamón. Es necesario antes de todo que el predicador se haga esta pregunta preliminar: Mis oyentes, en la disposición en que se hallan, ¿se aprovecharán de tal verdad que yo quiero anunciarles? ¿De qué servirá mi discurso? *Cui bono?* Si no puede por entonces esperar feliz resultado, debe esperar momento favorable, y limitarse por entonces á instrucciones que oigan de buena gana, y les dispondrán para escuchar más tarde las

verdades severas. Como á un enfermo que todavía no está dispuesto á tomar los remedios.

128. 2.^a El predicador debe usar en todo su lenguaje de un gran fondo de buen sentido, que deje ver un grande aprecio á sus oyentes. Pues la verdad y el buen modo llevan en sí un atractivo irresistible.

129. 3.^a Cuando reflexiona sobre los argumentos y el lenguaje que ha de emplear, debe considerarse en lugar de sus oyentes. Esta precaución le dará magníficos resultados, ya por razón de circunstancias y personas. «Si yo estuviera en lugar de los oyentes, ¿qué desearía que el predicador dijera en esta solemnidad? ¿Qué pretendería de él, si me encontrara en pecado? ¿Cómo suavizaría mi corazón oírle hablar de la misericordia! ¡llamarme con caridad!...»

130. 4.^a El predicador debe infiltrarse en el ánimo y en los sentimientos de sus oyentes, formando de sus disposiciones el punto de partida para conducirlos á donde intenta. «Comenzais siempre en pensar como yo, y acabais por hacerme pensar como vos,» decía el Papa Alejandro VII al abate Polignac, que tenía esta táctica, y que también hacía exclamar á Luís XIV: «Acabo de hablar con un joven que siempre me contradice y jamás deja de agrardarme.»

131. 5.^a Cuando ha de hablar de hechos que pueden herir las susceptibilidades del amor propio por causa de preocupaciones, ó espíritu de partido, necesita mucha destreza para elegir aquello que sea honroso y que pueda excusarse por algún justo motivo, y disimular lo que sea vituperable. Como la pintura, que, para disimular los defectos, inventa el arte del perfil. Mas si no ocurren medios á propósito, es mejor callar que manchar nuestros labios con la mentira. Las oraciones fúnebres son delicadas en esto. Bossuet y Flechier ofrecen bellos ejemplos.

132. 6.^a Cuando son verdades morales arduas para el auditorio, ó reconvenciones, sin alterar la verdad, lo cual sería un crimen, se propone el asunto bajo forma interesante, para quitarle aquella amargura que la haría difícil de aceptar.

133. 7.^a Conviene también que el predicador se ponga á veces en el número de los que corrige, y se aplique las reconvenciones, consejos y enseñanzas, y así parezcan menos acres, y pueda mejor introducirse en el corazón del oyente.

134. 8.^a En las reconvenciones justas y necesarias en general, conviene mezclar alguna excusa atenuante para que no aparezcan tan severas. A veces lamentando el desorden, dejando que cada uno se lo aplique. Puede revestir estas formas: *Siento; permitidme... el amor que os tengo me obliga*. Muchas veces un cumplimiento delicado, un elogio merecido suavizará una amarga lección, ó servirá de principio ó transición muy fina para reprender grandes errores, ó reformar las costumbres, como lo hizo el Apóstol con admirable delicadeza en el Areopago de Atenas. Tales precauciones pueden usarse con tal que no sean exageradas hasta contemporizar con el pecado, y entonces ganaremos muchísimas más almas á Jesucristo.

LECCIÓN IX.

Sermonarios.

135. Los sermonarios, esas magníficas colecciones de sermones de brillantes y elocuentes oradores, que han sabido reunir hombres de gusto, pronunciando sobre ellos un juicio crítico favorable, no puede negarse que, manejados con el debido modo, son de grandísima utilidad bajo muchos conceptos. Allí como en vasta pradera las flores de la elocuencia abren su cáliz y ofrecen su néctar delicioso á la abeja laboriosa, que solícita forma sus ricos panales. Allí se encuentran multitud de ideas morales y religiosas aplicadas á casos prácticos; ingeniosos y bien acabados planes de sermones; admirables giros de gran facilidad y soltura; pensa-

mientos perfectamente desarrollados; bellezas sin cuento esparcidas en esas magníficas composiciones. Allí por el brillo de las imágenes, la grandiosidad de las figuras, el fuego de la frase y la armonía del estilo, por el resorte oculto del arte se ponen en movimiento las pasiones más vehementes del hombre, y se tocan las fibras más delicadas de su corazón. Este estudio convida, pero no puede abusarse de él. Para el buen uso de los sermonarios deben tenerse presentes las siguientes reglas:

136. Regla 1.^a Aquellos predicadores que, sin otros estudios de oratoria, y sin más recursos que su buen deseo, se lanzan á la carrera del púlpito, los sermonarios deberían ser el todo para ellos, dice el Dr. Sánchez Arce.

137. 2.^a No deben imitarse exactamente el estilo y formas que se han estudiado, pues esto con frecuencia embarrasa, y no permite el vuelo necesario al propio genio. Estos modelos sirven no tanto para vaciar en ellos con escrupulosidad los pensamientos, cuanto para assimilarlos.

138. 3.^a No desanimarse si uno se ve lejos de su modelo, y considerar si tales defectos son esenciales, que entonces deben corregirse; si accidentales, no hay que pensar que debemos modelar rigurosamente nuestros pensamientos á los ajenos; que entonces todos los sermones serían iguales.

139. 4.^a Los sermonarios son tipos de imitación, mas ésta no debe ser servil; pues resultaría un verdadero plagio, que es vestirse con ropa ajena; y tomar retazos de aquí y allí es destruir el mérito de los sermones, desvirtuar su bondad y formar tal vez un zurcido monstruoso.

140. 5.^a La imitación noble y racional, ha dicho el citado Sánchez Arce, «consiste en hacer plegar el genio de los buenos autores á nuestro genio, sin que jamás el nuestro se plegue al suyo;» pues lo contrario impide el desarrollo de la inteligencia, mata el propio talento. Y siempre debe tenerse presente que una composición trabajada por sí mismo, aunque no tenga tanto mérito, se expresa con más fuego, con más convicción y energía, mucho mejor que la ajena.

141. 6.^a La recomienda el Dr. Martínez y Sanz; en el